

# REGISTROS DE LINGÜISTAS Y TRADUCTORES FRANCISCANOS EN LOS CATÁLOGOS DEL CONDE DE LA VIÑAZA Y DE ANTONIO TOVAR

David PÉREZ BLÁZQUEZ

*Universidad de Alicante, España*

## ABSTRACT

The linguistic work of the Franciscans was outstanding and superior to that of the other missionary orders that arrived in the New World. However, the treatment of their work is reflected differently in two Hispanic classic catalogs of Amerind linguistics: the *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, by Viñaza, and the *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, by Antonio Tovar. The first one follows the methodological guidelines proposed by Menéndez Pelayo to prove the existence of Spanish science, while the other one puts the modern linguistics before the historical testimonies that laid the foundations of the American Indian philology. Despite being different works in terms of concept and method, the contrast shows that they are chronologically complementary in the registration of Franciscan writings.

## KEYWORDS

Franciscans, bibliography, Viñaza, Tovar

## INTRODUCCIÓN

Tratándose de valorar la labor que los franciscanos han realizado en el campo de la lingüística y la traducción, parece oportuno hacer balance de lo ya registrado y catalogado. Este trabajo se ha centrado, para ello, en dos obras monumentales sobre bibliografía de las lenguas amerindias, la de Viñaza y la de Tovar, cuya función en el marco de un registro general de autores y traductores misioneros resulta primaria por su carácter *integrador*. Es común que los repertorios dedicados en exclusiva a los traductores y lingüistas religiosos que han enlazado la lengua española y las amerindias se encuentren dispersos en bibliotecas, menologios, informes, catálogos, crónicas y otras publicaciones de sus respectivas órdenes y a menudo se circunscriban a un área geográfica concreta, a alguna provincia, país o época, lo cual dificulta su catalogación y estudio en conjunto. Al conjugar anteriores registros, bibliografías,

bibliotecas, catálogos, etc., laicos y religiosos, las dos obras seleccionadas permiten realizar un estudio contrastivo de la bibliografía lingüística amerindia desde una doble perspectiva temporal y cuantitativa. De este modo se favorece, además, la posibilidad de someter a comparación la labor lingüística de cada orden monacal.

Las ventajas que ofrece la organización sistemática de la inmensa bibliografía franciscana sobre América es esencial para avanzar en la investigación y rescatar del olvido un luto patrimonio cultural. Sin embargo, cabe recordar que la respuesta al difícil reto de catalogar la bibliografía retrospectiva ha sido diferente según la época y según viniera de dentro o fuera de la orden seráfica. Dentro de esta, durante sus primeros cuatro siglos de existencia, los franciscanos no se preocuparon de catalogar a sus *scriptores* ni de registrar sus obras, salvo en contadas ocasiones y con producciones de escaso valor bibliográfico (Castro, 1982: 5-8). De finales del siglo XVI en adelante fueron apareciendo repertorios más sólidos, como los de Tossignano, Gonzaga, Wadding, Juan de San Antonio, Sbaralea o Civezza, entre otros, y ya en las últimas décadas se ha respondido con «niveles altamente cualificados de producción y perfeccionamiento». Buena muestra de ello son los estudios publicados desde 1914 en la revista franciscana *Archivo Ibero-Americano*, de cuyo ex director Sánchez Gil hemos tomado las palabras citadas (Castro, 1982: VII), o los trabajos del historiador franciscano Manuel de Castro y Casto, quien en su *Bibliografía...*(1982: 201-219) da cuenta de 38 catálogos bibliográficos de tema franciscano-americano. Aun así, ya entonces Castro hacía notar la falta de diccionarios biobibliográficos y, sobre todo, de un repertorio general franciscano de bibliografía retrospectiva, que en parte va quedando suplido por las bibliografías de sectores o periodos particulares (1982: 57-59). Por su parte, entre los estudiosos ajenos a la orden, el interés suscitado por los lingüistas y traductores franciscanos no ha venido manifestándose como el objeto principal de sus obras de catalogación, sino que más bien suele aparecer integrado al tratar temáticas más amplias, como la manida misión americana o las lenguas amerindias.

En el ámbito específico de la lingüística misionera, la orden franciscana fue una de las más representativas en cuanto a número de autores y de obras escritas. Los franciscanos que se trasladaron a América no solo evangelizaron, atendiendo a su labor principal, sino que, en palabras de Castro (1990: 470), «desempeñaron una notable labor de fijación ortográfica, sintáctica y lexicográfica de las lenguas amerindias, que eran ágrafas, convirtiéndose de esta manera en importantes transmisores de una cultura que, gracias a sus esfuerzos y desvelos, ha

llegado hasta nosotros». Y ello a pesar de que la transculturación estaba programada en sentido contrario. Pues, como observó Viñaza (Muñoz, 1977: IX), de haber sido el objetivo de los españoles el mero comercio y explotación de las riquezas que ofrecía el paraíso recién descubierto, no hubiera resultado necesario tanto esfuerzo para entenderse con los indios. La empresa de las consecutivas expediciones iba más allá de las riquezas materiales: se trataba ciertamente de extender los dominios de España, pero también de hispanizar a ultranza el Nuevo Mundo y ampliar los confines de la Iglesia católica.

En efecto, las órdenes religiosas fueron las encargadas de convertir y civilizar a los aborígenes americanos, transmitiendo la doctrina cristiana y la cultura occidental. La experiencia en las islas había mostrado que era más fácil y eficaz la evangelización cuando el misionero empleaba la lengua del indígena (Suárez, 1992: 7). Esta circunstancia, sumada a la escasez de intérpretes indios —aquellos lenguas, lenguaraces y farautes— y a la desconfianza que estos inspiraban a los españoles, hizo que, ante la disyuntiva de enseñar el castellano o aprender las lenguas nativas para poder difundir la fe cristiana, la mayoría de los misioneros optaran por estudiar y predicar en el idioma de sus catecúmenos al introducirse en tierras continentales. Tal fue el interés y la dedicación entre los franciscanos, que tres cuartas partes de sus misioneros hablaban lenguas nativas (Castro, 1988: 488). Para ello hubieron de desplegar una enorme actividad traductiva y lingüística sobre las nuevas lenguas, que se concretó en la producción de catecismos, doctrinas, devocionarios, confesionarios, cartillas, rudimentos, artes, vocabularios, diccionarios, etc. Se dio la particularidad, a la vez justificada y reprochada, de que muchas de esas artes o gramáticas describían y explicaban —pero también reducían y encerraban— la xenitud de aquellas lenguas a partir de los paradigmas y los preceptos latinos, siguiendo a menudo la ordenación de la célebre gramática nebrisense.

Afirmaba Wilhelm von Humboldt (Zimmermann, 1996: 74), en cualquier caso, que solo a los misioneros debemos todo lo que sabemos acerca de las lenguas del Nuevo Mundo.<sup>1</sup> Sin lugar a dudas, la filología amerindia hasta el siglo XVIII se ha fundado en las observaciones que aquellos religiosos lingüistas dejaron por escrito. En este contexto cobra especial relevancia el trabajo de los misioneros franciscanos: los doce «apóstoles» que en 1524 llegaron a Nueva

---

<sup>1</sup> La misma idea sobre el protagonismo precursor de los misioneros podría trasladarse al ámbito de la antropología, toda vez que los frailes se anticiparon con sus humildes anotaciones a los modernos estudios etnográficos del siglo XIX. Tal es el caso del franciscano Bernardino de Sahagún con su *Códice Florentino*. Puede hallarse una reflexión sumamente interesante sobre la antropología practicada por los misioneros lingüistas y traductores en el artículo intitolado «Entre lingüística, antropología y traducción: La escuela franciscana de evangelización en Méjico», de M. Á. Vega Cernuda.

España dieron comienzo no solo a la evangelización metódica sino también al estudio sistemático de los idiomas más importantes que se hablaban en aquella provincia recién conquistada (Suárez, 1992: 7-9).

En tiempos más recientes, sin embargo, Laín Entralgo (1985: 9 y 10) hablaba de drama al reflexionar sobre el acontecer de las lenguas amerindias en el correr de los siglos. Penoso drama humano es la desaparición de centenares de lenguas —y, con ellas, de culturas— que se hablaban antes de la llegada de Colón y antes del arribo de desalmados mercaderes de caucho y petróleo. Dramático resulta también descubrir en el ámbito de los estudios científicos que, pasado el esplendor productivo de aquellos misioneros lingüistas y hasta Antonio Tovar, solo la gran obra lingüística de Hervás y Panduro, ya en las postrimerías del setecientos, y el trabajo bibliográfico de Viñaza, pocos años antes del desastre de 1898, componen la parte española en el conocimiento científico de las lenguas que los conquistadores y los misioneros descubrieron.

En las páginas siguientes constataremos el reflejo de aquella labor lingüística franciscana en dos fuentes clásicas de bibliografía amerindia: la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, del conde de la Viñaza, y el *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, de Antonio Tovar. Estudiaremos a estos dos autores españoles por haber contribuido al avance de la investigación científica en el ámbito de la filología amerindia rescatando, clasificando y poniendo de manifiesto la ingente y dispersa labor llevada a cabo por los misioneros lingüistas. Indagaremos por los entresijos de sus trabajos bibliográficos, veremos qué métodos implican y expondremos los resultados del recuento de los religiosos que contiene cada uno.

## **EL CONDE DE LA VIÑAZA Y SU BIBLIOGRAFÍA**

El conde de la Viñaza entendía la Historia como una suma de filosofía y humanismo que había de comenzar por la recolección de datos, pero que debía edificarse sobre ellos sin perder nunca de vista, en su estudio y análisis, lo social, lo personal, la filosofía política que tenían los personajes que se estudiaban (Sáenz, 1977: 22). En esta idea radican las claves de su trabajo. El interés por las lenguas amerindias se remonta a las primeras etapas de la colonización, razón por la que la perspectiva historiográfica representa, en Viñaza más que en ningún otro, un papel fundamental.

## El conde de la Viñaza

Cipriano Muñoz y Manzano, conde de la Viñaza, filólogo y diplomático, hubo de truncar su devoción literaria para cumplir con las obligaciones diplomáticas de su estamento. Así y todo, nos legó una obra de gran valor, marcada, como veremos, con el triple marchamo inequívoco del patriotismo cultural, el positivismo bibliográfico y la erudición histórica. Para referir su biografía nos basaremos en el estudio de Sáenz de Santamaría (1977).

Nació en La Habana el 3 de octubre de 1862. Su padre, un epilense llamado Cipriano Muñoz y Ostaled, fue comandante supernumerario de las milicias de mérito de Cuba. Allí contrajo matrimonio con la que sería madre de nuestro autor, Josefa Ana del Carmen Manzano y Colás, de quien se especula un emparentamiento con Joaquín del Manzano y Manzano, el general que por aquellos años ejercía el mando supremo en la isla.

El regreso de la familia Muñoz-Manzano a España, hacia 1870, coincide con el advenimiento al trono de Amadeo I, quien, pese a su efímero reinado, aún concede al padre de Cipriano el título de conde de la Viñaza. En 1878 concluye Cipriano en Zaragoza sus estudios de bachillerato. Al año siguiente tiene la desgracia de perder a su madre y poco después, en 1881, también a su padre. Ese mismo año de 1881 lo recordaría además por conseguir su primer premio literario<sup>2</sup> y la licenciatura en Filosofía y Letras.

En 1882 revalida su título nobiliario. Desde entonces y hasta el final de su vida, don Cipriano Muñoz y Manzano dejará de utilizar su nombre de pila para ser conocido en los ambientes literarios por «El conde de la Viñaza». Ese mismo año lo llaman a filas, pero consigue redimir su suerte de soldado mediante el pago de los correspondientes derechos. Liberado de las obligaciones militares, marcha a Madrid para realizar el doctorado en la Universidad Central.

---

<sup>2</sup> Ese galardón del año 1881, concedido por un ensayo sobre Calderón, supondría el pistoletazo de salida de una larga trayectoria jalonada por diversos honores, premios y condecoraciones, de entre los cuales mencionamos a continuación los más representativos. En 1882 se le otorga la real y distinguida orden de Carlos III en grado de caballero, y en 1884 se le nombra: gentilhombre de cámara de su majestad el rey, socio correspondiente en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y académico numerario en la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. Su conducta durante la epidemia de cólera que azotó Zaragoza en 1885 le mereció la Cruz de primera clase de la orden civil de Beneficencia, que no se le concedió hasta 1891. En 1887 lo condecoran con el grado de caballero Gran Cruz de la orden de Isabel la Católica; en 1889 la Real Academia Española premia su *Biblioteca histórica de filología española*; hacia 1894, el papa León XIII le concede la Cruz de San Gregorio; en 1895 ingresa en la Real Academia Española, y en 1899 obtiene la Gran Cruz al Mérito Militar. Ya en el siglo XX, ingresa en la Real Academia de Historia, en 1904, y poco después, en 1905, durante su estancia en Lisboa como diplomático, le otorgan los títulos de socio de la Sociedad Geográfica, de académico de la de Ciencias y del Instituto Conimbricense, así como la Gran Cruz de la Orden Militar de Nuestra Señora de la Concepción. En 1910, como si intuyera el final de esta retahíla, Alfonso XIII le pone el broche de oro otorgándole la Grandeza de España para él y sus sucesores.

En el curso 1882-1883 es alumno de Marcelino Menéndez Pelayo, con quien mantendrá una correspondencia epistolar de por vida. Como se verá más adelante, el polígrafo montañés ejerció una influencia decisiva en el joven Viñaza, quien, en los años siguientes hasta 1895, consagra su tesón patriótico a una intensa actividad literaria.

En la producción bibliográfica de Viñaza de esos casi tres lustros (de 1881 a 1895) se adivina una doble querencia. Por un lado, se da a la elaboración de ensayos monográficos sobre Calderón de la Barca, Santa Teresa de Jesús, el poeta hispanorromano Aurelio Prudencio Clemente y los hermanos aragoneses Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola. Se trata de estudios críticos de marcado acento filológico, en los que destaca el interés de Viñaza por el aspecto lingüístico de los autores, por lo puramente literario. Por otro lado, es recurrente la composición de obras de catalogación, como la dedicada a las pinturas de *Goya*, las *Adiciones al Diccionario histórico de Ceán Bermúdez*, la *Biblioteca histórica de filología española*, la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* o los *Escritos de portugueses y castellanos referentes a las lenguas de China y Japón*.

A Viñaza debe reconocérsele además, según recuerda Sáenz, la edición a título oneroso de algunas «joyas peregrinas», tal como denominó el académico y fundador de Unión Católica Alejandro Pidal y Mon a tres obras de suma importancia que ya habían desaparecido del alcance de bibliófilos y filólogos.<sup>3</sup> Se publicaron en tiradas muy pequeñas porque, como decimos, él mismo debía costearse las ediciones. No cuenta, como en otras ocasiones, con el mecenazgo de instituciones culturales como la RAE o la Biblioteca Nacional.

Consagrado así a una modalidad como a otra, el método de elaboración se corresponde principalmente con las ideas preconizadas por Menéndez Pelayo, figura clave de la historiografía positivista en España junto a Cánovas del Castillo. Sin embargo, algún estímulo —cuando no influencia— debió haber también por parte del bibliófilo Pascual de Gayangos y, sobre todo, del padre Miguel Mir y Noguera, a quien al parecer dieron más fama sus escritos polémicos sobre la *Societas Jesu* que sus muchos trabajos de erudición. El influjo de este último, que acabó ingresando en la Real Academia Española, se ha señalado tanto en las ediciones de obras difícilmente accesibles de que acabamos de hablar, como en las obras que

---

<sup>3</sup> Se trata de la *Suma y erudición de gramática en verso castellano* por el bachiller Thamara, impresa en Amberes por Martín Nucio en 1550; la *Gramática de la lengua vulgar de España*, anónima, impresa en Lovaina en 1559, y el *Arte breve y compendiosa para aprender a leer, escribir, pronunciar y hablar en la lengua española* compuesta por Juan de Luna y publicada en Londres en 1623 (cfr. Sáenz, 1977: 17 y 18).

catalogan lo lingüístico o glotológico, entre las que consta la *Bibliografía* que aquí se trata (Sáenz, 1977: 27).

El expediente diplomático del conde completa la trayectoria vital de un personaje que da testimonio de la simbiosis política e intelectual tan común a la sazón. «Era el perfecto burgués rico y culto de la época, ocupado en asuntos convenientes a su estado», observa con tino Jesús Rubio (2011); al fin y al cabo, un ejemplo más de político-académico de su tiempo, como los conservadores Antonio Maura, Alejandro Pidal y Mon, Menéndez Pelayo, Cánovas del Castillo o los republicanos Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate. Aunque su carrera política ya había empezado en 1891 como diputado por Egea de los Caballeros, su partida al extranjero supuso el abandono casi definitivo de la producción bibliográfica. En efecto, su nombramiento en 1895 como ministro en Bruselas señala un cambio de rumbo; pero solo un viraje laboral que, si bien convirtió en esporádicas sus actividades culturales frente al absorbente quehacer patriótico en la línea diplomática, mantuvo incólume su ideología nacionalcatolicista. Su nueva ocupación le llevó largas temporadas por Europa como embajador del reino en Bruselas, Portugal, Rusia, el Vaticano e Italia, con las únicas pausas que marcaban los períodos de dominio político liberal. Murió en 1933 en la localidad vascofrancesa de Biarritz, adonde se había retirado de la vida diplomática tras la llegada de la República.

### **La *Bibliografía* de Viñaza**

A finales de 1891 la Biblioteca Nacional premia la obra *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, del conde de la Viñaza, en el concurso público que celebra ese año. Gracias a ello, el Estado sufraga los gastos de publicación, la cual se lleva a cabo meses después, en Madrid, por medio del estudio tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Casa Real.

Se trata, en palabras del mismo Viñaza, de una «bibliografía de los trabajos referentes a lenguas indígenas de América, escritos por los españoles desde el siglo XVI hasta nuestros días».<sup>4</sup> El conde presenta los libros y manuscritos en dos series: en la primera recoge por

---

<sup>4</sup> Así la define en una carta de principios de diciembre de 1891 a Menéndez Pelayo, citada en Sáenz de Santamaría (1977: 16). Téngase en cuenta que Viñaza, al hablar de «españoles» en esta frase y de *Bibliografía española* en el título, se está refiriendo a «españoles, portugueses y modernos americanos», conforme advierte en el prólogo: «Titulamos el libro *Bibliografía española*, así porque española se llamará siempre la literatura de todos aquellos pueblos que hablen las lenguas de Cervantes y de Camoens, como porque Portugal y la América

orden cronológico las obras que poseen fecha de impresión, composición o copia; en la segunda serie agrupa las obras que carecen de fecha determinada o que no han llegado hasta nosotros ni impresas ni manuscritas. Esta segunda parte está organizada por orden alfabético de autores, en los respectivos siglos, cuando se conocen; si la época precisa de composición no se conoce, se añaden en la sección final. El último centenar de páginas lo componen, a modo de apéndices, un cuadro alfabético y geográfico de las lenguas que se citan en las obras coleccionadas, una tabla alfabética de los autores, traductores y obras anónimas y otra tabla alfabética de los censores, aprobantes, encomiadores y protectores de los artículos citados en la primera parte hasta el siglo XVIII.

El catálogo cuenta con 1.188 entradas de obras —y no 1.341, como indica Sáenz de Santamaría (1977: 16)—, numeradas y reunidas en 330 páginas de texto. Las obras —que comprenden gramáticas, vocabularios, listas de palabras y frases, catecismos de la doctrina cristiana y manuales para administrar los santos sacramentos, sermonarios, libros piadosos y «todo linaje de trabajos», tanto impresos como manuscritos— no corresponden únicamente a autores españoles, portugueses y americanos, sino también a «misioneros que, aunque nacidos en Italia, Alemania o Flandes, pasaron gran parte de su vida entre españoles, y españoles fueron en verdad y llegaron a poseer el idioma castellano con mayor perfección y elegancia que el propio o nativo» (Muñoz, 1977: XVII).

Mientras no se afine su estudio, la cuestión de la paternidad entre las obras misioneras está abocada a dejar una larga prole de anonimatos. Los nombres de los autores-traductores de las obras recolectadas a menudo son desconocidos por completo o simplemente no figuran. Tampoco su mención es garantía de autenticidad, puesto que, como explica Tovar (1984: 12), «los manuscritos misionales se guardaban como propiedad común, se iban copiando y ampliando, y tal vez el que al fin los publica utilizaba trabajo de anónimos operarios». En cualquier caso, el número total de autores religiosos españoles o en español que recoge la *Bibliografía* asciende a 385,<sup>5</sup> de los cuales la mayor parte está integrada por franciscanos, que suman 131 autores. Por detrás van 85 jesuitas, 74 dominicos y 17 agustinos, y un conjunto de

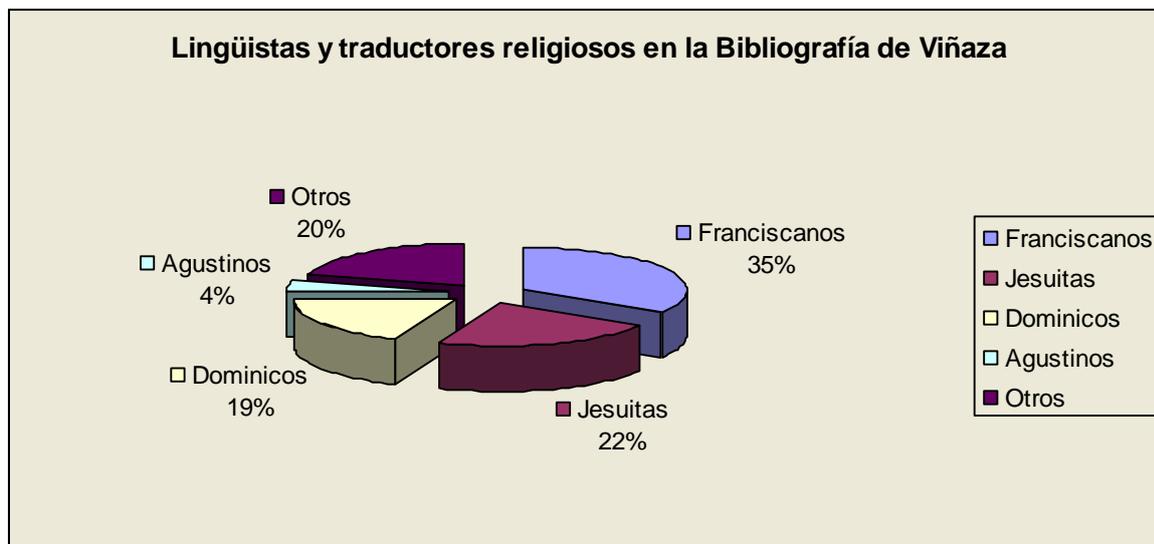
---

latina han vivido por largo tiempo sometidos a la corona de nuestros reyes, en los tiempos más gloriosos de nuestra historia» (cfr. Muñoz, 1977: XIII y XVII).

<sup>5</sup> La documentación disponible para determinar qué tipo de religioso se esconde detrás del nombre de cada autor, a pesar de ser abundantísima y de muy diversa índole, no siempre ha dado los frutos esperados. Por esta razón, el recuento de los autores correspondientes a cada orden religiosa, aunque de valor significativo, no puede arrojar sino cantidades aproximadas. En todo caso, el cómputo se ha realizado únicamente de los autores españoles o que escribieron en lengua española, y no de todos los religiosos que cita Viñaza.

78 religiosos formado por mercedarios, salesianos, carmelitas, presbíteros seculares y otros religiosos cuya orden no hemos podido identificar con certeza.

Gráfico 1



Al parecer, Viñaza, cubano de nacimiento como era, no volvió a cruzar el Atlántico más que en una ocasión y por encargo diplomático. Lo hizo, además, muchos años después de haber publicado la *Bibliografía* y en una misión de representación española en Perú, por lo que se descarta la documentación presencial en los fondos bibliográficos de conventos y bibliotecas americanas. Escudriñó, eso sí, multitud de librerías y bibliotecas públicas y privadas europeas. El total de las obras de referencia que cita en los artículos como fuentes documentales asciende a 53, y consisten en bibliografías (30) y catálogos de venta de libros (23) principalmente en lengua española, portuguesa, inglesa, francesa y alemana. Lo más reseñable se halla en las obras que él mismo pudo hojear. De ellas, que según Sáenz son unas sesenta, extrae los párrafos de mayor interés y hasta una gramática pame entera, por ser la única conocida y «por permanecer desconocida e inédita» (Muñoz, 1977: 287), siguiendo los dictados de Menéndez Pelayo.

La edición facsimilar de la *Bibliografía* que publicó la editorial Atlas en 1977 contiene un interesante «Estudio preliminar», a cargo de Carmelo Sáenz de Santamaría, en el que se incluyen las adiciones de Rodolfo Schuller a la obra de Viñaza. Este investigador de origen

alemán, que llegó al final de sus días recorriendo América, criticó severamente la obra y señaló cerca de dos centenares de títulos que nuestro autor había pasado por alto.<sup>6</sup>

Los antecedentes de la *Bibliografía*, entre las obras de catalogación de Viñaza, cabría buscarlos en el estudio monográfico sobre *Goya, su tiempo, su vida, sus obras* (1887), en las *Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España de D. Agustín Ceán Bermúdez* (1889) y en la laureada *Biblioteca histórica de filología española* (1889-1894). Resulta inevitable hacer notar la correspondencia de la obra de Viñaza con el modelo decimonónico de inspiración positivista. Estos repertorios pertenecen al género bibliográfico en boga a fines del siglo XIX, en el cual se cuidan los métodos descriptivos y de crítica heurística característicos del quehacer histórico del positivismo. La aplicación de rigurosas técnicas de descripción en su *Bibliografía* se sustenta igualmente en tales requisitos formales, algo que se advierte sobre todo en el detalle analítico de las obras registradas y de sus fuentes.<sup>7</sup>

Desde el punto de vista del método, estas producciones siguen asimismo las pautas propuestas por Menéndez Pelayo: recolección de documentos, inventario del material existente y estudio y crítica de esos documentos. Así, pues, en el caso concreto de la *Bibliografía*, Viñaza no se limita a enumerar apellidos de autores y títulos de libros, sino que también los acompaña de cuanta información ha podido reunir sobre ellos. Transcribe lo que considera de mayor importancia y, finalmente, señala las bibliografías o catálogos en que han aparecido y, dado el caso, las bibliotecas donde se conservan. Característica distintiva del método *menendezpelayista* será ese juicio crítico del bibliógrafo: ese es el trabajo propio de un literato, diría Menéndez Pelayo al describir, en «De re bibliographica» (1954: 59), lo que a su juicio debía ser la bibliografía.

---

<sup>6</sup> Sáenz de Santamaría, cuyo estudio venimos citando a desde el comienzo, no se detiene en las distintas críticas formuladas por Schuller. No obstante, sí recoge 186 obras que obvió Viñaza, fechadas sobre todo en el siglo XIX (cfr. Sáenz, 1977: 37, 38 y 42-64).

<sup>7</sup> Además del poderoso ideario de Menéndez Pelayo, también podrían haber determinado su metodología ciertos factores coyunturales que propiciaron el desarrollo de la disciplina bibliográfica en la segunda mitad del siglo XIX. Por un lado, estaba la creación en 1858 del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; por otro, la instauración en 1863 de la cátedra de Bibliografía en la Escuela Superior de Diplomática, surgida a su vez en 1856. Pero, particularmente relacionada con Viñaza, se daba además la existencia de los premios de bibliografía de la Biblioteca Nacional, que desde su inicio, en 1857, constituyeron un elemento decisivo para estimular la concepción positivista de la historiografía. De hecho, las principales obras premiadas respondían a las inquietudes y técnicas del positivismo de orientación historicista imperante en aquella época.

Más allá de las coincidencias en el procedimiento, la *Bibliografía* de Viñaza puede considerarse una prolongación del breve *Catálogo de obras españolas sobre lenguas americanas*, que inició Menéndez Pelayo con el propósito de abrir otra vía de investigación en el vasto panorama bibliográfico español. Al margen del estímulo que el padre Mir y Noguera pudo suponer para la preparación de la *Bibliografía* por cuanto trata un tema glotológico (Sáenz, 1977: 27), el componente ideológico de esta obra de Viñaza se inscribe dentro del programa de «inculturación» planteado por Menéndez Pelayo para poner de manifiesto la existencia de una ciencia española.<sup>8</sup> El programa se proponía mitigar las actitudes krausistas de negación de lo español y exaltación de lo extranjero y dar a conocer lo escrito en España o por españoles por medio de la composición de recuentos históricos que analizarían lo pasado, hasta confluir en una Historia monumental de la cultura española. Así, pues, la base de una renovación de la ciencia española y de la conciencia nacional sobre ella había de comenzar con la elaboración de catálogos bibliográficos (Sáenz, 1977: 7 y 14).

Viñaza se sirve del «Prólogo» para llamar la atención sobre la importancia de la aportación hispana en la formación y el desarrollo de la ciencia filológica en sus fases previas a la madurez que alcanzó en el siglo XIX. Encomia, en su acostumbrado tono patriótico, lo que se debe a los misioneros españoles y rinde especial tributo al jesuita Hervás y Panduro, a quien considera padre de la lingüística comparada. De forma tácita pero contundente, el conde erige esta *Bibliografía* en réplica contra la acusación de Gumersindo de Azcárate, según la cual la religión y la Inquisición tenían la culpa del atraso científico de España.

Viñaza no completó sus monumentales catálogos bibliográficos. Como advierte en sendos prólogos a *Goya* y a la *Bibliografía*, se trata de un esbozo, un bosquejo de lo que quería y creía que se debía hacer, un estudio por perfeccionar (Muñoz, 1887: 7 y 8; 1977: XVIII). Pero, como bien indica Sáenz (1977: 41), lo que dejó elaborado y publicado representa una de las aportaciones más destacadas de su época para la elaboración del enorme *Inventario bibliográfico* que propuso Menéndez Pelayo en su *manifiesto* como paso fundamental en la reconstrucción de la ciencia española. Una aportación, en definitiva, cuyos beneficios trascienden idearios y fronteras.

---

<sup>8</sup> La correspondencia de alto nivel que originó el polígrafo santanderino, a raíz de la negación de la existencia histórica de verdadera ciencia en España propugnada por Gumersindo de Azcárate, acabaría constituyendo un «manifiesto» de la cultura española contra el krausismo, contra la recién fundada Institución Libre de Enseñanza y contra lo que entendieron como una negación y amenaza de lo español. *Cfr.* Menéndez Pelayo, *La ciencia española*, vols. LVIII, LIX y LX.

## **ANTONIO TOVAR Y SU *CATÁLOGO***

El estudio de las lenguas amerindias en el ámbito hispánico se reanudó a mediados del siglo XX gracias a los trabajos de Antonio Tovar. Los motivos no solo obedecen al interés descriptivo o al afán por establecer su posible genealogía, sino también a la situación sociolingüística de esas lenguas, de la cual Tovar siempre hizo notar su vulnerabilidad. La obra que aquí tratamos ha servido para allanar el camino a los investigadores americanistas poniendo orden en la dispersión de materiales sobre este tema.

### **Antonio Tovar**

Antonio Tovar Llorente, nacido en Valladolid el 17 de mayo de 1911, alcanzó prestigio internacional como lingüista. Por ser hijo de notario, su infancia transcurrió en diversas regiones españolas, como la de Elorrio, en Vizcaya, la de Morella, en Castellón, o la de Villena, en Alicante. Probablemente fue esta experiencia, antes que ninguna otra, la que despertó su sensibilidad ante la realidad plurilingüística de España. En 1930 terminó sus estudios de Derecho en la Universidad María Cristina de El Escorial, donde también aprendió alemán y griego. En los años siguientes cursó Historia en la Universidad de Valladolid y Filología Clásica en la de Madrid. En 1934 trabajó como becario del Centro de Estudios Clásicos junto con Menéndez Pidal, Giuliano Bonfante y Américo Castro, y después amplió estudios en París y Berlín. Entre tanto habría sido alumno de Cayetano de Mergelina, Manuel Gómez Moreno, Xabier Zubiri, Émile Benveniste, Julius Pokorny y Werner Jaeger.

El compromiso político de Tovar le llevó a tomar parte en la guerra civil española, de cuyo estallido tuvo noticia cuando aún se encontraba en Alemania. Si bien durante su época estudiantil en Valladolid fue representante de la Federación Universitaria Escolar, que era una organización de carácter republicano, al comienzo de la contienda se adscribió a la corriente falangista influido por su íntimo amigo Dionisio Ridruejo. Su vinculación con el que fuera director general de propaganda del bando franquista le dio la oportunidad de ocupar cargos de responsabilidad durante el gobierno de Burgos en la recién creada Radio Nacional de España y, posteriormente, en la Subsecretaría de Prensa y Propaganda. Acompañó a Serrano Suñer en sus viajes a Alemania e Italia, haciendo las veces de intérprete del *cuñadísimo* en sus entrevistas con el *Führer* y el *Duce*.

La década de los cuarenta vería enfriarse su apasionamiento fascista, del mismo modo que ocurrió con otros amigos intelectuales de su generación y bando, como Laín Entralgo,

Dionisio Ridruejo y Ruiz-Giménez. Tovar inició una nueva etapa en la que abandonó la vida política para dedicarse de lleno a su cátedra y a sus estudios filológicos, a su doble vocación de docente e investigador. En 1941 se doctoró en Filología y Letras en Madrid y en 1942 ganó la cátedra de Latín en la Universidad de Salamanca, de la que más tarde sería rector, durante el ministerio de Ruiz-Giménez. Aquel mismo año se casó con Consuelo Larrucea, natural de Vitoria y nieta de José Larrucea, fuerista y amigo del sacerdote y académico Azkue. De esta circunstancia familiar y sobre todo de sus relaciones con Menéndez Pidal, Luis Michelena, Azkue y Julio de Urquijo nació una prolífica fascinación por el mundo de la euskeralogía, que duraría hasta el final de su vida y lo convertiría en prócer de la lengua vasca.<sup>9</sup>

Su actividad en la Universidad de Salamanca, especialmente durante sus años de rector (1951-1956), fue muy productiva, tanto por su labor científica y editorial, impulsando la creación de revistas científicas (*Minos*, *Zephyrus*) y estudiantiles (*Trabajos y días*, *Lazarillo*, *Cátedra*) como por sus reivindicaciones académicas para poner al día la decaída universidad: entre otros logros, creó una Sección de Lenguas Modernas, que impulsó decisivamente los estudios universitarios de filología moderna alemana, y consiguió, a raíz de la conmemoración del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, que esta volviera a otorgar títulos de doctor, facultad reservada en exclusiva a la Universidad Central de Madrid por la ley Moyano. Sin embargo, su más querido empeño era crear allí, superpuesta a la universidad, una academia según el modelo de las germánicas *Akademien der Wissenschaften*; empeño a cuya ejecución no le ayudaron quienes a ello más obligados estaban (Laín, 1986: 13).

Pronto se vería abocado al exilio por anteponer los valores científicos y humanos al credo político. Su desengaño respecto de la política franquista lo llevó a abandonar el rectorado de Salamanca en 1956. Partió a la Argentina y dio comienzo a un periplo de docencia itinerante,<sup>10</sup> que, entre otras cosas, le brindó la oportunidad de investigar sobre el terreno

---

<sup>9</sup> Desde 1945 animó varios proyectos para reanudar los estudios vascos en España, el más notable de los cuales probablemente fuera la creación de una cátedra de vascuence, la Cátedra Manuel de Larramendi, en la Universidad de Salamanca en 1953. Como vascólogo, Tovar fue uno de los pioneros en el estudio del euskera conforme a las exigencias y métodos de la lingüística moderna. A su trabajo *Estado actual de los estudios de filología euskérica* (1948), que le valió el nombramiento de académico correspondiente de Euskaltzaindia, la Real Academia de la Lengua Vasca, le seguiría una larga serie de obras de repercusión sobre el éuscaro.

<sup>10</sup> A lo largo de su vida, el reputado lingüista vallisoletano fue catedrático de Latín en la Universidad de Salamanca (1942-1963), profesor contratado de Griego en la Universidad de Buenos Aires (1948-1949), rector de la Universidad de Salamanca (1951-1956), profesor contratado de Lingüística de la Universidad Nacional de Tucumán (1958-1959), Miller Visiting Professor of the Classics de la Universidad de Illinois (1960-1961), Professor of the Classics en la Universidad de Illinois (1963-1967), catedrático de Latín en la Universidad de

algunas lenguas indígenas y de legar al acervo filológico americano, además de su magisterio presencial, una veintena de trabajos glotológicos. Su compromiso y aportación en este campo se vería reconocido años más tarde, en 1983, con la creación en la Universidad de Salamanca de la «Cátedra Antonio Tovar de Lenguas Amerindias».

Autor de más de cuatrocientas obras, entre libros y artículos científicos, Tovar dio testimonio de su valía en el ámbito de la moderna filología clásica con la publicación de múltiples obras de renombre, algunas tan notorias como la *Gramática histórica latina* (1946), *Vida de Sócrates* (1947) o *Un libro sobre Platón* (1956). Aunque las investigaciones sobre las lenguas antiguas de la Península Ibérica —y, en particular, sobre los enigmas de la lengua vasca— constituyen el núcleo central del copioso *opus tovarianum*, el trabajo científico de Tovar también destacó en el campo de las lenguas románicas europeas y la indoeuropeística, así como en el de las lenguas precolombinas del continente sudamericano, a cuyo estudio de conjunto dedicó el monumental *Catálogo de las lenguas de América del Sur* (1961), que analizaremos a continuación. Menos conocidas, mas de pareja importancia, son sus facetas como traductor, crítico literario, ensayista y pensador, con multitud de publicaciones sobre la situación del humanismo en el mundo actual y los problemas de la sociedad española, entre otros temas.

Cosechó diversas condecoraciones y méritos a lo largo de su vida;<sup>11</sup> pero tal vez el premio que mejor resume su trayectoria sea el Hansische Goethe-Preis, que se le concedió en Hamburgo en 1981 por «su labor de acercamiento entre los pueblos [...] y por su defensa de la libertad de investigación y de cátedra en su país, prefiriendo el exilio a la adaptación» (Álvaro, 2011: 23). Falleció en diciembre de 1985 en Madrid, a los 74 años de edad.

### **El Catálogo de Tovar**

El viraje de su interés por el indoeuropeísmo y las raíces de lo nacional hacia la filología amerindia resulta inevitable si se consideran, esencialmente, su curiosidad y entusiasmo ante

---

Madrid (1965) y Ordentlicher Professor der Vergleichenden Sprachwissenschaft en la Universidad de Tubinga (1967-1979). Finalmente, vuelto a Madrid, regentó la cátedra de Filología Clásica hasta su jubilación en 1981.

<sup>11</sup> Entre otros méritos, fue nombrado *doctor honoris causa* por las Universidades de Múnich, Buenos Aires, Sevilla y Dublín; recibió la Gran Cruz de la Orden de Cisneros y la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio; fue miembro del Instituto Arqueológico Alemán, de la Academia de Ciencias de Bolonia, de la Real Academia Española de la Lengua, de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, de la Academia de Ciencias de Heidelberg, de la Academia de Atenas, de la Academia Colombiana y de la Academia Europea de Ciencias, Artes y Letras.

las lenguas y la cultura que subyace tras ellas, y, coyunturalmente, la proximidad de la realidad lingüística americana a la que se vio expuesto por su posición ideológica. El exilio, lamentable pero al cabo enriquecedor, lo traslada a nuevos campos de investigación.

La preocupación de Antonio Tovar por las lenguas indígenas de América fue manifiesta desde el año 1949, quizá a raíz de su primera estancia docente en la Argentina entre 1948 y 1949. Ese último año apareció en la revista colombiana *Thesaurus* su primer artículo sobre idiomas aborígenes americanos: «Semántica y etimología en el Guaraní» (*Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, tomo V, 1949, pp. 41-51). A lo largo de su vida llegaría a publicar más de veinte trabajos, entre artículos y libros, sobre temas amerindios. El último de ellos se envió al Instituto Caro y Cuervo dos meses antes de morir y se presentó precisamente en aquella misma revista (Rodríguez, 1986: 399-405). Antonio Tovar alertaba en su obra —como siempre que tuvo la oportunidad de hacerlo— sobre el peligro de extinción en el que se encuentran diversas lenguas americanas, así como sobre la importancia que tiene su catalogación. Veía en el contacto del pueblo indígena con los blancos o «civilizados» una auténtica amenaza para el mantenimiento de las lenguas y culturas. Por esta razón urge la recogida de materiales lingüísticos —diría— «antes de que sea demasiado tarde».

Ante el «campo inabarcable» que son las lenguas de América del Sur, Tovar vio necesario presentar un libro de conjunto que sirviera de «orientación a los estudiosos». El *Catálogo de las lenguas de América del Sur* aparece publicado por primera vez en 1961, en Buenos Aires.<sup>12</sup> Posteriormente prepara junto con su mujer, Consuelo Larrucea, un *Suplemento al Catálogo de las lenguas de América del Sur*, editado en 1972 por el Consiglio Nazionale delle Ricerche, en Florencia. La segunda edición de la obra de Tovar, que incorpora el suplemento, habría de esperar hasta 1984 (ed. Gredos, Madrid) para ver la luz. Con sus clasificaciones, indicaciones tipológicas, bibliografía y mapas, esta «nueva edición refundida» ha resultado ser la definitiva y presenta la primicia de servir de inventario de lenguas subsistentes, «con datos, a menudo alarmantes, sobre el número de hablantes».

En su monumental *Catálogo*, Tovar describe la sintaxis y la morfología de las nueve lenguas más importantes desde Tierra de Fuego a Centroamérica y clasifica otras dos mil lenguas y dialectos, que acompaña con una abundante bibliografía sobre cada una de ellas. A diferencia

---

<sup>12</sup> Si Viñaza rendía homenaje a Lorenzo Hervás elogiándolo en su prólogo, Tovar lo hace llamando a su obra *catálogo*. Y lo hace así porque su libro sigue la pista del primero en ese género, el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas...* (1800-1805), elaborado por aquel jesuita conquense, bibliotecario del Quirinal, que naturalmente figura en su bibliografía.

de otras obras análogas, como la del checoslovaco Loukotka, que da impresión de infinitas lenguas, la de Tovar reduce a sinónimos o a dialectos apenas diferentes lo que para aquel son lenguas o variedades irrecuperables.

Llama la atención que el contenido periférico de la obra —en particular, la bibliografía— ocupe el doble de páginas que el contenido central, en este caso, sobre la catalogación de lenguas. Con todo, su estructura conceptual obedece naturalmente al título y al propósito para el que fue concebido. Así, el primer tercio del libro está compuesto por veintisiete capítulos referidos a la descripción y la clasificación lingüística y geográfica de las lenguas, mientras que los otros dos tercios están dedicados casi por completo a la bibliografía que sustenta su clasificación glotológica. No en vano, las cerca de 400 páginas reservadas a la bibliografía, que está ordenada por orden alfabético de los autores y recoge obras en varios idiomas europeos y americanos, se han convertido en un repertorio bibliográfico de primer orden para los estudiosos. Así lo hace saber el autor mismo: «He intentado, aun exagerando a veces la prolijidad, y citando trabajos que están muy lejos de las mínimas exigencias científicas, hacer una bibliografía lo más completa posible. Supera a todas las hasta ahora reunidas, y aunque es susceptible de ampliación, me atrevo a decir que es la más completa» (1984: 11 y 12).

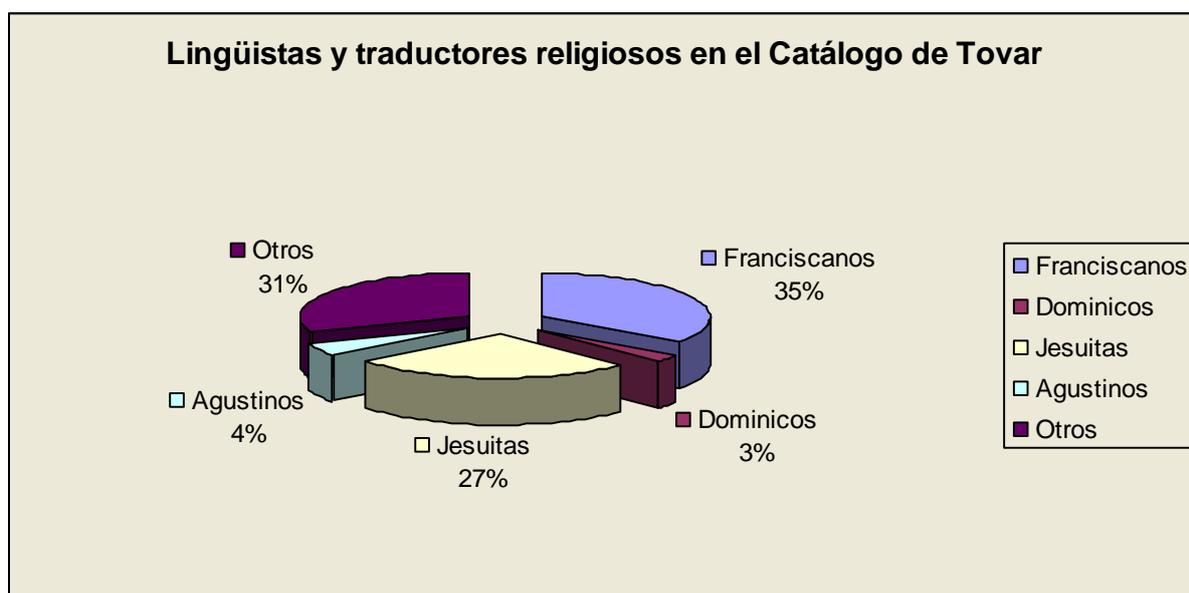
Tovar admite, respecto de las fuentes documentales que nutren la bibliografía, que la mención de trabajos no supone su estudio ni conocimiento. «Quien ha trabajado en estas materias sabe de la dispersión de las publicaciones y de la dificultad que hay para la investigación. [...] Desgraciadamente todos estos libros y artículos son difíciles de reunir, y nos tememos que no haya en el mundo una biblioteca donde se puedan consultar. Quede claro que no pretendemos haberlos leído todos, y que no intentamos hacer bibliografía crítica» (1984: 11, 13 y 14). Incorpora toda la bibliografía de Mason, la de Loukotka de 1945 y la de Rivet & Loukotka. También dice haber recogido entera la del conde de la Viñaza, «sin más excepción que la de prescindir de problemas de paternidad de obras y de referencias demasiado vagas (como las de Pinelo, Nicolás Antonio o historiógrafos de órdenes religiosas)» (1984: 12). Las excepciones en este sentido no debieron de ser pocas, visto que tan solo 23 nombres de los 131 autores franciscanos que recoge Viñaza se repiten en el *Catálogo* de Tovar.

Por el contrario, junto a la labor de misioneros católicos, Antonio Tovar recoge y reconoce expresamente la enorme actividad educativa de los protestantes del Instituto Lingüístico de

Verano (ILV),<sup>13</sup> cuya abundancia de pequeñas publicaciones —confesará Tovar en el umbral de la última edición— se ha convertido en «indominable» (1984: 8).

En la magna bibliografía del *Catálogo* se cita a 360 religiosos católicos españoles o en lengua española.<sup>14</sup> La orden con mayor presencia de autores es, como en el caso de Viñaza, la fundada por Francisco de Asís (125), a la que siguen la Compañía de Jesús (98) y, con mucha menos entidad, las órdenes de los agustinos (16) y los predicadores (10).

Gráfico 2



Para ser la obra más completa en su género, hay que lamentar la ausencia de algunos amautas seráficos cuyos escritos cimentaron la historia de la lingüística amerindia. Tovar deja de lado el testimonio historiográfico, objeto de la obra de Viñaza, para ceder lugar a los lingüistas modernos. Así, por ejemplo, al recoger la bibliografía sobre el náhuatl, omite el *Arte para aprender la lengua mexicana* (1547) de fray Andrés de Olmos, figura clave en la historia de la lingüística mexicana a quien se debe la primera gramática de esa lengua. Tampoco recoge ninguna de las obras de fray Alonso de Molina, datada la primera de ellas, *Vocabulario en*

<sup>13</sup> El Instituto Lingüístico de Verano (o SIL, por sus siglas en inglés) es una poderosa organización evangélica cristiana que se propone difundir la Biblia entre las lenguas menos conocidas. Estrechamente relacionada con la Wycliffe Bible Translator y fundada en 1934 por William Cameron Townsend, a quien sus oponentes llaman «Tío Cam» y consideran líder de una «secta protestante fundamentalista», está envuelta en una sonada polémica por el cariz imperialista de sus actuaciones. No obstante, su intensiva actividad lingüística a lo largo de 75 años le ha merecido el rango de órgano consultivo de la Unesco. Testimonio impreso y electrónico de su producción editorial en ese campo es su catálogo *Ethnologue*.

<sup>14</sup> Al igual que con Viñaza, el recuento y la clasificación de los autores pueden variar ligeramente debido a las dificultades de su identificación. No obstante su mero carácter orientativo, permiten una lectura muy aproximada de la actividad lingüística de las distintas órdenes.

*lengua castellana y mexicana*, en 1555, ni el *Arte de lengua mexicana* (1673) de fray Agustín de Vetancurt, ni el *Arte de la lengua mexicana* (1692) de fray Juan Guerra, ni el *Arte de la lengua mexicana* de fray Francisco de Ávila, de 1717.

Tampoco se ve reflejado en el *Catálogo*, al ocuparse de otras lenguas, el *Bocabulario en lengua de Mechuacan* (1559) de fray Maturino Gilberti, primera obra gramatical que hace un estudio de la lengua de Michoacán, conocida desde la Colonia como tarasco, y que fue reeditada en varias ocasiones durante el siglo XX. De la misma lengua, obvia el *Arte y diccionario con otras obras en lengua Michuacana* (1574) de fray Juan Baptista Bravo de Lagunas, así como el *Arte de la lengua maya* (1684) de fray Francisco Gabriel de San Buenaventura, reimpreso nuevamente en 1888 por Icazbalceta. Más llamativo resulta que excluya el *Quaderno de algunas reglas y apuntes sobre el idioma pame* de fray Francisco Vallejo, la única gramática pame (perteneciente a la familia otomangue) conocida hasta el siglo XVIII, que Viñaza no duda en reproducir íntegramente en su *Bibliografía*.<sup>15</sup>

Tovar no define con detalle las pautas que han determinado la criba: «En mis referencias a esta vieja tradición [se refiere a la lingüística misionera] he oscilado entre la piedad de no silenciar los nombres de quienes se interesaron los primeros por el mundo indígena, y la crítica, para no recargar mi libro con recuerdos poco precisos» (1984: 11 y 12). Más que por piedad —que por lo visto no tuvo mucha— o por cuestiones de autoridad, y considerando que también dice haber incluido obras de escaso valor científico, lo que ciertamente parece haber determinado la inclusión/omisión de los títulos es la fecha de publicación; es decir, su confianza en la rigurosidad científica de los estudios realizados siguiendo los métodos de la lingüística moderna. De hecho, más de la mitad de las publicaciones de franciscanos que cita Tovar son posteriores a la *Bibliografía* de Viñaza, esto es, a 1891. Y no deja de sorprender que del siglo XVI, cuando más fecunda fue su labor lingüística, solo se acote a media docena de escritores de la orden franciscana, frente a los 37 que presenta Viñaza en ese mismo siglo.

Las cifras que se desprenden del *Catálogo* impactan más todavía si se contrastan en los trabajos de Castro y Castro (1988 y 1990), cuyos registros de autores son los más completos

---

<sup>15</sup> En la obra de Viñaza (1977: 287-314) aparece como fray Francisco Valle, autor inexistente. Según explica Joaquín García-Medall, en su artículo «Los franciscanos y el estudio de las lenguas otomanguanas en Nueva España (s. XVIII)», el equívoco se debe a un error que el erudito alemán Schuler cometió al transcribir la firma del fraile. Respecto al *Quaderno*, García-Medall sugiere que «una investigación más profunda de este manuscrito ha de deparar notables sorpresas sobre el pame, una lengua otomanguana amenazada de extinción y todavía no bien descrita, desde la perspectiva de la historiografía lingüística hispánica del Nuevo Mundo».

en el ámbito español de la lingüística misionera franciscana. En las relaciones que da Castro y Castro de los misioneros franciscanos que transmitieron lenguas indígenas por medio de sus obras, el número de autores, contando los anónimos, asciende a 101 (con un total de 291 obras escritas) en el siglo XVI frente a 38 (con 93 obras) en el XVII. El mismo historiador, citando a terceros, atribuye la disminución de obras en el paso del siglo XVI al XVII a diversas causas, entre otras: la progresiva castellanización de los indios, la dificultad de reducir a método lenguas muy primitivas de las nuevas zonas misionales, el descuido de los cronistas, la escasez de recursos económicos o la falta de mecenas que pagaran la impresión de sus libros (1990: 431-472).

Con todo, a Tovar hay que agradecer el atento registro de aproximadamente 80 misioneros lingüistas de época más reciente. La nómina resultante viene a complementar cronológicamente a la de Viñaza y a constatar el ininterrumpido cultivo de las lenguas nativas por parte de los franciscanos. Así, su *Catálogo* no deja de mencionar los trabajos de Marcelino de Castellví, Bernardino Izaguirre, Fructuoso de Manresa, Ángel M.<sup>a</sup> de Carcagente, Gaspar de Pinell, Buenaventura de Carrocera, Mateo de Pupiales, José Gregorio Castro, Pío de Ordal, Norberto Andía, Francisco Solano Farfán y tantos otros traductores y lingüistas seráficos del siglo XX.

## CONCLUSIONES

La contribución al estudio de las lenguas amerindias en el ámbito hispánico realizada por Viñaza y por Tovar debe considerarse en el marco de su cometido. Uno y otro coinciden en denunciar el abandono del estudio en el vasto campo de las lenguas amerindias, en el que en otro tiempo se procedió con adelanto y a la sazón se ve ampliamente compensado, en palabras de Tovar, por la incuria y la pereza (1984: 9). Sin embargo, el rescate y la ordenación del maremágnum bibliográfico están guiados por el afán de demostrar la existencia de ciencia española, en el caso de Viñaza, y por la necesidad imperante de desbrozar las sendas de estudio de la selva lingüística suramericana, en el caso de Tovar.

La *Bibliografía* de Viñaza ha de entenderse en su contexto, pues de obviarse sus circunstancias podría resultar una obra trasnochada para el lector actual. Positivista por lo descriptivo y cuantitativo, como era tendencia en la bibliografía de la época, está concebida como argumento de una idea patriótica, para poner de manifiesto los triunfos de la lingüística

que corresponden a la «ciencia cristiana y genuinamente española». Pero no solo logra dar a conocer las viejas glorias. Al mismo tiempo, el método de Viñaza resulta utilísimo para los estudios sobre historiografía lingüística tanto por la clasificación cronológica de los escritos como, principalmente, por su aportación en forma de comentarios y la inclusión de extractos, es decir, por aquel «juicio crítico» que tanto admiraba Menéndez Pelayo en un bibliógrafo.

Aunque Tovar ideó su libro como una catalogación de las lenguas amerindias, también se jacta de su repertorio bibliográfico. Su bibliografía, que presume de ser la más completa, es insuficiente para el estudio historiográfico de la filología amerindia. Pues no deja de sorprender que Tovar solo recoja media docena de autores franciscanos del siglo XVI, el «verdadero siglo de oro» de la literatura lingüística franciscana, en palabras de Castro y Castro (1990: 471). Se deja en el tintero a varios franciscanos cuyos trabajos son testimonio y referencia en los estudios sobre varias lenguas aborígenes, cediendo espacio a favor de los investigadores modernos. Afán de modernidad, acaso de rigor científico, que complementa al de historicidad y reconocimiento de Viñaza.

Las comparaciones porcentuales constatan que, así en una obra como en la otra, los franciscanos representan el grupo más numeroso, bien que seguidos de cerca por los jesuitas.

*Gráfico 3*

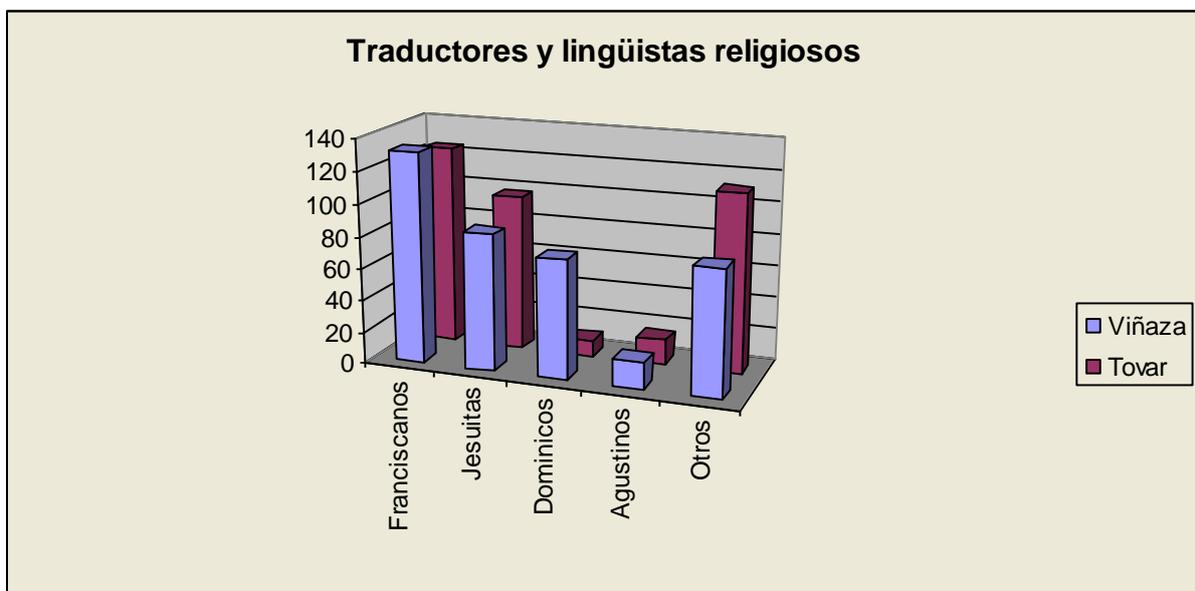


Tabla 1

	Franciscanos	Jesuitas	Dominicos	Agustinos	Otros	Total religiosos
Viñaza	131	85	74	17	78	385
Tovar	125	98	10	16	111	360

Desde la perspectiva del estudio de la lingüística franciscana, pueden considerarse obras cronológicamente complementarias, puesto que, por un lado, tan solo coinciden en 23 de los 131 autores que presenta Viñaza y, por otro, más de la mitad de los misioneros lingüistas de la misma orden citados por Tovar pertenecen al siglo XX. Recordemos que Viñaza se ocupa de las obras de los siglos XVI al XIX, precisamente hasta el mismo 1891, año en que terminó su *Bibliografía*. De modo que el *Catálogo* de Tovar viene a testimoniar el continuado interés franciscano por el estudio de las lenguas nativas hasta hace pocos años.

Ambas obras se ven lastradas por una lista considerable de anónimos y de escritos no fechados. Sin embargo, cuántas más deben ser las obras perdidas para siempre a causa de las políticas liberales del siglo XIX y de sus leyes desamortizadoras, que decretaron la expulsión de los frailes de sus conventos e hicieron desaparecer gran cantidad de manuscritos en basureros, hogueras y librerías de lance (Castro, 1990: 433 y 471). Con su contribución, ninguno de nuestros autores da por terminada una labor en la que el tiempo va agotando las posibilidades y las lenguas. Hacen progresar los estudios no señalando faltas y errores de trabajos anteriores —aunque algunos corrigen—, sino ofreciendo una base científica al estudio de las lenguas nativas americanas, en sendas herramientas insustituibles al servicio de la investigación filológica e historiográfica.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABAD PÉREZ, Antolín: *Los franciscanos en América*, Colección Iglesia Católica en el Nuevo Mundo, Madrid, Mapfre, 1992.

ÁLVARO OCÁRIZ, José Andrés: «Antonio Tovar, todo un maestro», en *Gaceta Cultural del Ateneo de Valladolid*, número 58, abril de 2011, pp. 22-24.

CASTRO Y CASTRO, Manuel de: *Bibliografía de las bibliografías franciscanas españolas e hispanoamericanas*, Madrid, Cisneros, 1982.

CASTRO Y CASTRO, Manuel de: «Lenguas indígenas americanas transmitidas por los franciscanos del siglo XVI», en *Actas del II Congreso internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo* (La Rábida, 21-26 de septiembre de 1987), *Archivo Ibero-Americano*, 48, 189-192, Madrid, Deimos, 1988, pp. 485-572.

CASTRO Y CASTRO, Manuel de: «Lenguas indígenas americanas transmitidas por los franciscanos del siglo XVII», en *Actas del III Congreso internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo* (La Rábida, 18-23 de septiembre de 1989), *Archivo Ibero-Americano*, 50, 197-200, Madrid, Deimos, 1990, pp. 431-472.

GARCÍA-MEDALL, Joaquín: «Los franciscanos y el estudio de las lenguas otomanguanas en Nueva España (s. XVIII)», consultado en línea [14.06.2011]:

<<http://www.traduccion-franciscanos.uva.es/archivos/Lenguas-de-traduccion-indigenas.pdf>>

LAÍN ENTRALGO, Pedro: «Americanismo integral», en *El País*, 13 de febrero de 1985.

LAÍN ENTRALGO, Pedro: «Evocación de Antonio Tovar», en *El País*, 4 de febrero de 1986.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *La ciencia española*, en *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*, vols. LVIII, LIX y LX, Santander, CSIC, 1953-1954. Puede consultarse en línea: <<http://www.cervantesvirtual.com>>

MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano (conde de la Viñaza): *Goya, su tiempo, su vida, sus obras*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1887.

MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano (conde de la Viñaza): *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, Est. tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892. Ed. facsimilar, Madrid, Atlas, 1977.

RODRÍGUEZ DE MONTES, María Luisa: «Antonio Tovar», en la revista *Thesaurus*, tomo XLI, 1986, pp. 399-405.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús: «Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza, biógrafo y crítico de Goya», estudio introductorio en MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano (conde de la Viñaza): *Goya, su tiempo, su vida, sus obras*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1887. Ed. facsimilar, Zaragoza, Fundación Goya en Aragón, Gobierno de Aragón, 2011. Consultado en línea [10.07.2011]:

<[http://www.fundaciongoyaenaragon.es/\\_archivos/ficheros/20110614\\_00001.pdf](http://www.fundaciongoyaenaragon.es/_archivos/ficheros/20110614_00001.pdf)>

SÁENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo: «Estudio preliminar: Don Cipriano Muñoz y Manzano, conde de la Viñaza (1862-1932)», en MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano (conde de la Viñaza): *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneira», 1892. Ed. facsimilar, Madrid, Atlas, 1977.

SUÁREZ ROCA, José Luis: *Lingüística misionera española*, Oviedo, Pentalfa, 1992.

TOVAR, Antonio: *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, [Buenos Aires, 1961]. 2.<sup>a</sup> edición corregida y aumentada, con la colaboración de Consuelo Larrucea de Tovar, Madrid, Gredos, 1984.

VEGA CERNUDA, Miguel Ángel: «Entre la lingüística, la antropología y la traducción: La escuela de evangelización de Méjico», consultado en línea [30.07.2011]:

<<http://www.traduccion-franciscanos.uva.es/archivos/espacios-geograficos-de-traduccion-mejico.pdf>>

ZIMMERMANN, Klaus: «Guillermo de Humboldt y sus investigaciones sobre las lenguas amerindias», en la revista *Thesaurus*, tomo LI, núm. 1, 1996, pp. 66-52.